

¡Y tú hiciste la blancura sollozante de los lises
que, rodando sobre mares de suspiros, a través
del incienso azul de los pálidos horizontes, sube,
en un ensueño, hacia la luna que llora!

¡Hosanna en el sistro y en los incensarios,
Padre nuestro, hosanna del jardín de nuestros
limbos!

¡Y concluya el eco por las celestes tardes,
éxtasis de las miradas, scintilaciones de los
nimbos!

¡Oh, Padre que creaste en tu seno, justo y fuer-
te, cálices balanceando la futura redoma, grandes
flores con la balsámica muerte, para el poeta
fatigado a quien la vida debilita!

FIN

IN MEMORIAM

El Pontífice.

Darío y su Breviario azul.

I

En las postrimerías de una suntuosa primavera tropical, allá por el año de 1886, embarcóse con rumbo a Chile un joven nicaragüense. En su gaveta de peregrino traía por único tesoro un tomo poético de Walt Whitman...

En las sienas de este viajero, Apolo había ya ceñido una corona de frágil y tembloroso mirto. Saboreada la primera fascinante caricia de la deidad, el corazón del poeta quedó herido del dulce desasosiego de la gloria. Él sentía cantar a todas horas a las sirenas de la inmortalidad, y, menos prudente que Ulises, tendía los brazos a las mágicas insinuaciones.

Hizo su viaje el poeta en la estación embalsamada, cuando el alma errante de las flores asciende bajo la luna...

En alta mar, cuando cuelga las noches sus lámparas de oro, sobrecogido ante la magnificencia de la visión cerúlea, el bardo ponía oído atento a la música desconocida y salvaje de la selva milenaria; en el vuelo vagabundo de la brisa respiraba los olores del bosque impoluto.

De las sonantes olas, de la cristalina esfera, de la selva remota, escapábanse rumores misteriosos: leves unos, como susurros perfumados; otros, como el estallido de la pasión comprimida, eran dolientes y trágicos. Rudos golpes de sinfonía salvaje a modo de una montaña desgajada por una tempestad, trotar de potros disparados en la pampa enorme, se sucedían al gárrulo trinar de lor turpiales y al alado requiebro de las ondas. De las estrellas, por invisibles hilos de oro descendía el ritmo que oyera el divino Pitágoras. Era el canto errante, el arpa americana que vibraba en el silencio profundo de la noche.

Y el poeta aprendió la canción; y, atraído por celestes visiones, eleva su plegaria hecha de ritmos y de lágrimas.

¡Y el poeta canta!... Y su canto es como una oración nocturna en que se mezclasen para orar las estrellas, las flores, los pájaros y los poetas, cuanto hay de alado y bello en la Creación. Canta una armonía profunda como el cielo y, como la vida, desconsoladora: suspiros con humedad de llanto y arpegios de arpas ocultas; gemidos convulsos que se cortan en sollozos y se alargan en agonías; besos a flor de ensueño que estallan bajo la luna; vuelo, en las ondas del aire, de los mil murmurios de la noche: toda esa música intraducible de los espacios que nunca escucharán los hombres y que pasa por el alma del poeta en la gloria del éxtasis como un flúido del Paraíso.

II

La Época era por aquel entonces el cenáculo literario de un bizarro grupo de soñadores. Allí

crepitaba la pira excelsa, y a su calor sagrado se desentumecían las alas del pensamiento chileno.

Allí, Pedro Balmaceda Toro, estilista primoroso, engastaba en áureo metal su prosa de ensañadora transparencia. Augusto Orrego Luco, dilecto escritor, cubría de gloria nuestro periodismo, y su hermano Luis revelábase ya el futuro maestro de la novela nacional; la musa fresca y retozona de Ambrosio Montt y Montt, de nobilísima estirpe castellana, desenvolvía la órbita de su ascensión triunfante.

A la puerta de este hogar golpeó Rubén Darío. Era la hora del crepúsculo, cuando se encienden las estrellas para que no se haga la noche en las almas.

— ¿Quién es?

— Un peregrino.

— ¿Vuestro bagaje?

— Lampos de luna, flores de mi tierra y una alondra.

— ¡Adelante!

Abrióse el templo, y a los pies del extranjero cayó un puñado de rosas.

Solicitado por nuestra encendida admiración, Rubén Darío dió a la estampa su libro *Azul*, cifra, compendio y singular resumen de cuanto tiene de colorido musical y alado la poesía moderna dentro del más severo buen gusto.

Jamás un tan puro e intenso soplo lírico recorrió la América. En *Azul*, la suprema elegancia coexiste con la soberana sencillez; sencillez encantadora que dista tanto de la vulgaridad como el lucero del charco que refleja sus pétalos de luz.

Nunca hasta entonces la lengua castellana alcanzó mayor flexibilidad y distinción en sus giros; los misteriosos matices del sonido prestan concurso maravilloso a la *música triunfante de sus rimas*; y las mil gradaciones de la luz bañan la pedrería de sus imágenes. Diríase que los primores del arte francés y la clásica gracia helénica retoñan en la estrofa de Darío, donde la inquietud del ser moderno ora, ríe, canta y blasfema.

Por dichosa y habilísima amalgama, todo en el verso de tan insigne orfebre es artístico y en-

cantador y de intensiva sugestión; y no obstante ser Darío único en sus decires y sentires, las raíces de su pensamiento están en el alma universal, y su verba, que se nos antoja inaudita, es la misma sencilla verba del dulce Garcilaso.

¡Prodigios del genio creador!

Azul, como dijimos, libro de gracia incomparable y de elegancias sorprendentes, fué el lábaro que guió la caravana de poetas a la soñada Jerusalén, donde el Arte yacía clavado en la cruz de apolilladas retóricas...

Al verso adiposo, al pensamiento anquilosado de la ramplonería ambiente, sucedió la estrofa coloreada de sangre, ágil y nerviosa, bañada en fulgor de luna y con alas pujantes.

Remozóse la antes desmayada y escueta lírica indoibérica, y a los postizos y afeites del seudoclasicismo español reemplazaron los hechizos juveniles de una musa curtida bajo el sol de la *América fragante de Cristóbal Colón*.

No tardó este soplo vivificador del Arte en oxigenar la frente de la joven intelectualidad peninsular, y Salvador Rueda, Valle-Inclán, Mar-

tínez Sierra y Villaespesa, por no citar otros, campearon con armas flamantes y propias en el torneo de la belleza inmortal.

Y así como la Península nos redujera a tiros de arcabuz, Darío y la falange de poetas americanos realizaron la conquista española merced al prestigio imponderable de sus obras.

En torno de Darío fulguró un apoteosis triunfal; sus hombros vistieron púrpura y su diestra empuñó el áureo cetro de la poesía.

A. MAURET CAAMAÑO.

Valdivia (Chile), febrero de 1916.

Rubén Darío y el Océano.

Le llamaba *el Monstruo*.

.....

Poco antes de regresar yo de mi último viaje a Europa, nos encontramos una tarde en París. Almorzamos juntos al día siguiente en un restaurant del Bosque de Boulogne, elegido por él.

Durante aquel amable *tête-à-tête* se charló de todo, pero especialmente de Literatura y de Arte.

No le había visto desde aquellos buenos tiempos del Ateneo viejo, nacido—como primitiva idea—en una de las veladas literarias que tenían lugar periódicamente en mi casa de la plaza de la Libertad, y llevado a cabo—de hecho—en la célebre reunión que ex profeso se organizó más tarde en la de Rafael Obligado. Darío se nos incorporó sólo un año después. Llegaba de

Chile, en circunstancias que preparábamos una de las muchas comidas literarias que entonces nos agrupaban con cualquier pretexto.

Todo eso lo rememoramos en la charla del Bosque de Boulogne. Hablamos, naturalmente, de su patria y de la mía, a propósito de lo cual recordamos el mar Pacífico. Y, con motivo de tema tan seductor para ambos, discurreó el poeta sobre el Océano como no le había oído discurrir jamás.

Me narró leyendas por mí desconocidas; comentó algunas de las que yo había citado. Y así recorrimos juntos el folklore marítimo de la Bretaña, los poemas escandinavos, las leyendas del Canadá Norte.

Él también tenía pasión por Neptuno. Lo había dicho en el hermosísimo prólogo que dedicara años antes a mi *Mar en la Leyenda y en el Arte*. Habló con el calor, con la honda emoción de que era capaz cuando le apasionaba algo:

— ¡Sí — me dijo —; amo a mi vez el mar, y podría repetirle hoy lo que entonces escribí para su libro y para su patria, a propósito de los ca-

nales de Chiloé, evocados con tanto cariño por usted!»

Y nos pusimos a recordar algunos de los inspirados párrafos aludidos — olvidados hoy quizá — y en los cuales el altísimo poeta revela su entusiasmo por el Océano.

Dicen así:

«¡Salud al noble y fuerte país en donde he vivido bellos años de juventud! Es, quizá, en la contemplación de su mar, en mis días de Valparaíso, y en momentos crepusculares, o llenos de luz, cuando he oído por vez primera la voz que escuchara después en el verso del sibilino lírico:

Je suis hanté : Azur! Azur! Azur! Azur!

«Ya, por cierto, de niño, en mis lejanas tierras natales, en mi infancia en flor, me había atraído y admirado el Monstruo. En Chile aprendí a amarle porque allí fué donde habló a mis fragantes ilusiones, a mis soledades y a mis tristezas... País conocido de las tempestades y de los vientos; país de mar y de marinos, que tiene, a guisa

de adorno, sobre su pecho un ramillete de islas. Patria de los chilotes, camaradas de los alcatrazes y amigos de las gaviotas. Juntos están allí *Patria y Mar...*

Y refiriéndose al Océano en general, concluía :

«Yo que amo con profundo amor ese gran corazón del mundo que no cesa de palpitar, como el corazón del hombre, he volado más de una vez con mi espíritu a la orilla del mar, soberano y sensitivo, venerable y trágico, y le he saludado como a un ser de misterio y maravilla, cuna de la Rosa Olímpica — Venus — y dominio de la Rosa Mística — María — «*Maris Stella*». Le he saludado, ya con el sonoro grito clásico «*Ocehana! Ocehana!*», como si triunfante vencedor de una hermosura, la estrechase aún entre mis brazos, a la mirada de las olas, ya con clamor católico, tal como una vez, allá lejos, ante la Virgen negra de la Normandía, patrona de marineros y pescadores, en un crepúsculo de la tarde, en que yo vagaba en compañía de mis ensueños!...»

Cuando nos despedimos habían transcurrido más de dos horas, sin sentir las.

Al día siguiente regresé a Suiza. Era ese país, por entonces, mi residencia fija. Había trasladado a ella algunos de mis libros: entre ellos las obras de Darío.

Lo primero que hice fué volver a leerlas, buscando expresamente allí lo que hubiera podido decir el poeta sobre mi tema favorito: el Océano.

¡Fué aquello como si me hubiera dedicado a pescar perlas entre los dorados arrecifes de las playas de Ceylán — la *Lanjá* de los poemas mitológicos orientales! El *Mar* de Darío me resultó, como el del *Ramayana* y el del *Mahabarahata*, mar radioso y esplendente; mar de luz, de fuego y de pedrerías; un desierto azul inmenso, espléndidamente iluminado por los rayos del sol, o por el fulgor de la fosforescencia :

En la playa he encontrado un caracol de oro
Macizo y recamado de las perlas más finas...

.....
He llevado a mis labios el caracol sonoro
Y he suscitado el eco de las dianas marinas...

O esto otro :

Mar armonioso,
Mar maravilloso,
Tu salada fragancia,
Tus colores y músicas sonoras

.....
Mar armonioso,
Mar maravilloso,
De arcadas de diamante que se rompen en vuelos
Rítmicos que denuncian algún ímpetu oculto,
Espejo de mis vagas ciudades de los cielos,
Blanco y azul tumulto...

.....
Brazos salen de la onda, suenan canciones,
Brillan piedras preciosas,
Mientras en las revueltas extensiones
Venus y el Sol hacen nacer mil rosas.

En *Vesperal* :

Y el Occidente finge una floresta
Que una llanura de púrpura ilumina.

.....
Conchas color de rosa y de reflejos
Áureos, caracolillos y fragmentos de estrellas
De mar forman alfombra
Sonante al paso en la armoniosa orilla...

Y, finalmente, en otra visión marina :

.....
A la visión azul de lo infinito
Al poniente magnífico y sangriento
Al rojo sol, todo milagro y mito...

.....
Y escuché el ronco ruido de trompeta
Que del tritón el caracol derrama,
Y a la sirena amada del poeta...

.....
Y vi azul y topacio y amatista,
Oro, perla y argento y violeta
Y de la hija de Electra la conquista...

Los poetas tropicales sienten así el Océano. Rinden, ante todo, culto al Sol: de allí esa sensación de oro y fuego. ¡Cuán distinta es la que nos dejan los escritores del Norte, ya se llamen Osián, Poe, Jonas Lie, Strindberg o Tegner, con sus escenarios fantásticos, sus brumas eternas, sus tormentas y sus tímpanos, blancos como sudarios!

Al supersticioso terror que ellos comunican opuso el poeta nicaragüense el encanto de la luz,

la sonrisa del color, la diáfana y luminosa transparencia de la onda...

Y es ese, precisamente, el rasgo descollante de tan deslumbradora poesía:

Je suis hanté : Azur! Azur! Azur! Azur!

ALBERTO DEL SOLAR.

Un recuerdo.

Hacia días que el general Mansilla nos había anunciado una comida en su casa de la calle de Libertad — «entre nous» — con el propósito de presentarnos a Rubén Darío.

Después de una o dos postergaciones llegó el momento aquél. Rubén Darío era un valor distintamente apreciado. Los hombres de letras por entonces resultaban tan escasos como tímidos: el medio a su vez no era propicio para la presentación de un poeta, porque la férvida lucha, como ahora, dividía el campo entre la política y los negocios: un medio criollo, descreído, irónico, elegante a su manera, suelto y chacotón para el gasto de la casa, hurraño a la sola presencia de un elemento ajeno; un medio ambiente todavía de aldea, sin la rauda amplitud que tenemos para atravesar el campo y que nos falta a veces para cruzar la sala...

Un poeta, por aquella época y creo que en la actual, entre nosotros, era algo así como un artista de teatro: fuera del lugar y del instante perdía su iluminación. De palco a palco lo comprendíamos y juzgábamos; pero apenas le daba al día siguiente la luz de la verdad clara del cielo, se desvanecía todo el efecto de su personalidad. Es que el poeta dispone de su minuto de vivo e intenso resplandor, de su momento floreal, como diría Amiel. Pasado ese minuto que es el del influjo de su canto, desvanécelo poco a poco o por entero la realidad humana.

El poeta también, como todo autor de Belleza, no interesa por sí cuanto por lo que crea. Pero se decían tantas cosas de la figura física de Rubén Darío, que todos acudimos a la cita; unos movidos por el deseo de conocerle y de tratarle, otros por confrontar su mano o su nariz, de acuerdo con la hablilla.

Rubén fué presentado sin ceremonial ni pesadez. El dueño de casa era tan precioso elemento de civilización mundana como perfecto conocedor de la psicología de sus compatriotas, de

modo que «sabía hacer las cosas». ¡Ah, el arte de saber hacer!

Rubén Darío contestaba las preguntas que se le dirigían con las palabras estrictamente necesarias, como si un extraño cálculo manejara sus pensamientos. Estaba allí como un examinando para responder antes que para esparcir su espíritu o entregarse a su turno a la averiguación. En puridad no hubiera sido justo clasificarlo mal; pero a nadie satisfizo la poquedad de su verba, signo de un interior desencanto o de un temperamento desconfiado.

Como la tertulia se prolongara hasta altas horas, resolvimos salir para cenar Rubén Darío, Julián Martel y yo. Nos metimos en un saloncito de lo de Charpentier antiguo, y mientras se preparaba el substancioso caldo a base de carne en jugo, Darío púsose a elucubrar para el siguiente día su «Mensaje del lunes» para un diario local. Las líneas se borraban, se tachaban, se cambiaban; las cuartillas se substituían y el artículo no tomaba formas, no surgía. El escritor, por vanidad, no se recluía en la necesaria soledad acos-

tumbrada. Lo dejamos, contra su deseo, completamente aislado, y al buen rato, al regresar, nos leyó su producción.

— ¿Qué tal me han salido estos párrafos? — preguntó con sencillez.

Miró disponiase a elogiarlos cuando yo me anticipé:

— Oscuros, vagos, inciertos, muy de prisa...

— Pues se harán otros — replicó Rubén con prontitud, sin esperar siquiera el fundamento de mi crítica; y doblando las cuartillas las rompió en muchos trozos con la propia tranquilidad y con el propio gesto que lo hiciera con el pan que que acababa de tomar del cesto.

No se habló más del asunto por considerarlo baladí.

Después, mucho después, supe que de aquellas cuartillas vivía el opulento, como el pájaro errante vive de los granos dispersos en los campos. ¡Oh artista!

DAVID PEÑA.

Buenos Aires, febrero de 1916.

Recordando a Darío.

Aún me parece verle como le vi aquella noche, rara entre todas las noches. Era en los tiempos del viejo Ateneo — ¡ay! —, hace ya como veinte años. Uno de nosotros, creo que el «sabio barón tudesco» de los célebres *Versos de Año Nuevo*, aquel que

nos decía cosas profundas
y en un lenguaje pintoresco
daba lauros y daba tundas,

preguntó al conclave si conocía *les huîtres à la prairie*. Y ante la respuesta en contra, fuímonos todos a rodear la mesa propiciatoria de un restaurant-templo.

El anfitrión, con arte y solemnidad dignos del maestro Brillat-Savarin, dispuso en una fuente